

---

## Viaje a Cadaqués

Álvaro Valverde

He venido de lejos. Contemplo  
la más tópica imagen de la villa,  
la que abusivamente reproducen  
las postales que compro destinadas  
a aquellos que no están hoy conmigo.  
Deprisa he recorrido las calles tortuosas,  
de cal y de pizarra.  
Bajando, los bancales,  
los árboles que el viento somete cada día,  
he recordado tierras  
del interior, lejanas.  
A veces, los paisajes más recónditos  
reducen la mirada a lo inmediato,  
a eso original que simboliza  
una visión del mundo,  
acaso la primera, la única  
posible a nuestros ojos.  
Es verdad que no sé qué me trajo a este sitio.  
No ignoro que el azar es, como siempre,  
una coartada, y que a pesar de todo  
tampoco es la respuesta verdadera.  
Al ver sobre la dársena  
las barcas amarradas y el agua transparente  
y los guijarros; al ver las buganvillas,  
el vivo azul cobalto en puertas y ventanas,  
el blanco sentencioso de las casas,  
supongo innecesario querer dar por exacta  
siquiera una respuesta.  
Vuelvo la espalda, el mar  
es, otra más, una azotea:  
sucesiva y azul e interminable.  
Al lado —otra frontera—  
sirvió de despedida a Walter Benjamin.  
Alguien que viene de lejos, descansa.  
Soy ahora ese alguien.  
Doy por supuesto  
que sólo en los lugares como éste  
—estoy en Cadaqués, final de julio—  
se puede revelar algún atisbo  
de esa búsqueda extraña  
que llamamos *verdad*.  
Detrás de los susurros de tantos visitantes,

de la pulcra evidencia de lo nuevo y lo viejo,  
no hay mentira emboscada. La belleza,  
el silencio (esas puras razones)  
han fijado su precio.  
Aunque alto, es el mío.  
Recuerdo a Ferrater (asiduo de esta costa,  
suicida como Benjamín):  
"Con qué poco nos basta. Tan sólo  
el sentimiento de dos cosas:  
la tierra gira y las mujeres duermen."  
Con luz escasa, miro de nuevo el mar  
y siento inalcanzable su presencia,  
tan cierta como ajeno me parece  
todo lo que no sea en esta hora  
la vida que me vive de repente.